

EL INTERDISCURSO CIENTÍFICO EN LA NOVELA: W. BOYD, *PLAYA DE BRAZZAVILLE*

MANUEL GONZÁLEZ DE ÁVILA
Universidad de Limoges

RESUMEN

Las relaciones entre ciencia y literatura constituyen, durante las últimas décadas, un tema recurrente tanto del discurso de la teoría literaria como de la práctica creativa de los escritores. Este artículo aborda tan complejo asunto a partir del análisis de una de las últimas novelas de W. Boyd, un texto que trata explícitamente de la fascinación, y del conflicto siempre latente, que enlaza entre ellos al pensamiento científico y a la invención poética.

Nuestro espacio se ha convertido en una totalidad comunicativa; las comunicaciones proliferan y se expanden a través de una red omnímoda y omniabarcante. Pero la totalidad comunicativa conoce también la fragmentación social, y junto con ésta la fragmentación discursiva: los discursos de que reboza el universo que habitamos son heterogéneos, antagónicos, a veces irreductibles a un común denominador. El panorama, *mutatis mutandis*, resulta idéntico en el campo específico de la cultura: disminuido el papel de la filosofía como agente de enlace entre las distintas formas de la reflexión —epistemoló-

gica, estética, ética, etc.—, acaso sea hoy la literatura el único lenguaje capaz de absorber en sí mismo las babélicas retóricas en que se expresa el *logos* contemporáneo. Aunque no hay motivos para pensar que tal función sintética de la literatura sea un invento reciente —piénsese en el *De rerum natura* de Lucrecio, en los diálogos de Juan de Valdés, en *Las cartas persas* de Montesquieu—, sí es cierto, en cambio, que su intensidad se ha incrementado desde finales del s. XIX. El positivismo multiplicó entonces las disciplinas especializadas, y creó con ello la necesidad compensatoria de que algo o alguien fuese capaz de explorarlas desde un punto de vista no privativo, sino común, general. Y sólo la literatura podía asumir dicha tarea. Así, sabemos que el naturalismo introdujo en la novela un denso interdiscurso médico, fisiologista; los autores de entreguerras, las nociones básicas del psicoanálisis; la escuela vienesa, y en especial R. Musil, los principales motivos de las matemáticas, la física y la química coetáneas; el Nouveau Roman, la teoría de la percepción de la psicología fenomenológica. Cabría añadir otros ejemplos, pero resultará más ilustrativo detenerse en el caso de Musil. Cuando escribe *El hombre sin cualidades*, Musil mimetiza en su obra el entero abanico de las referencias cognitivas de su época, por una parte científicas, por otra ideológicas; las emplaza en un brutal contraste dialéctico (el desarrollo tecnocientífico ha dejado definitivamente atrasadas las ideas religiosas, filosóficas y políticas), y muestra que la única salida posible a esta chirriante disonancia es la deflagración de la segunda guerra mundial. Desde que *El hombre sin cualidades* vio la luz, la temática propiamente científica, la relativa a las llamadas «ciencias duras», no ha dejado de presionar sobre la escritura novelesca: la ciencia interpela a la novela con su prestigio dominante, y la novela parece cada vez más dispuesta a escuchar sus interpelaciones. La literatura reorienta de esta suerte su caja de resonancia hacia la voz hegemónica de la ciencia, se hace eco de sus mensajes y los descifra con un oído atento, en ocasiones complaciente, la mayoría de las veces, suspicaz y crítico. Porque la literatura no desempeña gratis su cometido como recolectora de saberes: si en nuestro horizonte comunicativo hay un conflicto de las interpretaciones ¹, se da también otro, bastante más agudo, y en el que está implicada la literatura, entre los diversos discursos cognitivos, que luchan por el poder simbólico. Hundida en esa pugna, la literatura reclama sus derechos precisamente manifestándose receptiva ante las disertaciones de la ciencia, analizándolas para asimilarlas... y para mejor desvelar sus insuficiencias. La impregnación científica de la literaturaes, en una palabra, una maniobra interesada, en el doble sentido de la palabra: a la literatura le interesa el conoci-

¹ RICOEUR, PAUL (1969): *Le conflit des interprétations*, Paris, Seuil.

miento científico, y tiene además interés en adquirir sobre él esa forma de superioridad que le conferiría el haber logrado apropiárselo. El deseo de saber se une inseparablemente aquí a la ambición de controlar, ambición con frecuencia satisfecha mediante la actitud desmitificadora tan apreciada por la novela moderna ². *Playa de Brazzaville*, de W. Boyd ³, es una magnífica ilustración de todo ello, tanto mejor cuanto que se toma en serio las ciencias antes de pasar a discurrir sobre sus carencias.

Para inyectar en su novela sustancia científica, Boyd ha utilizado un sencillo recurso: crear un personaje al que encargar la comisión. John Clearwater, físico y matemático, reúne algunos de los más tradicionales rasgos míticos del sabio: la pasión por el conocimiento, el despiste, y un carácter algo obsesivo que hace de él una figura difícil. Pero la novela se guarda bien de ceder la palabra directamente al científico; de hacerlo así, pronto se convertiría en una cruda exposición teórica, lo que iría en perjuicio de su fluidez narrativa. Las ideaciones de Clearwater son filtradas para el lector por un segundo personaje, verdadero protagonista de la obra: su mujer, Hope. Clearwater comenta con ella el progreso de sus investigaciones, y le deja entrever sus móviles; la mediación de Hope entre el contenido especulativo del texto y el lector resulta necesaria para hacer accesibles las abstrusas doctrinas del especialista. Hope, que narra la historia, actúa como operador de literaturización de la experiencia científica: gracias a ella, el discurso literario no se limita a re-producir el discurso científico, sino que lo re-transmite, lo comenta y lo evalúa. Si bien la novela no llega a integrarlo plenamente en su interior (los fragmentos «científicos» aparecen en párrafos independientes y en cursiva), apunta su posible relevancia para aquello que constituye el objeto privilegiado de la literatura: la vida humana en su integridad física y mental, somática y cognoscitiva.

La novela aprovecha de este modo sus ventajas específicas: su capacidad de fundir en una representación unitaria pensamiento y existencia, escindidos por el austero lenguaje científico. Pues aunque los conceptos científicos son resultado de la actividad del investigador, las estrategias retóricas de la ciencia exigen que el investigador desaparezca de su discurso, y que su lugar lo ocupe la abstracción y la universalidad del conocimiento. La novela, por el contrario, al igual que el ensayo biográfico, recuerda permanentemente que hay un vínculo irrompible entre experiencia y conceptualización, y que su imperceptibilidad en la comunicación científica no es sino fruto de una convencional es-

² Actitud de sospecha en la que M. Bajtín vea el rasgo básico de la visión novelística del mundo. V. BAJTÍN, *MIJAIL* (1991): *Estética y teoría de la novela*, Madrid, Taurus.

³ London, Triad/Grafton Books, 1990. Versión española de Maribel de Juan, Madrid, Alfaguara, 1991.

tratagemas discursiva. *Playa de Brazzaville*, por un lado, invita a sus lectores a relacionar los enunciados científicos con las peripecias en y de las que nacen; por otro, fabrica una especie de instrumento de falsación del saber abstracto, un circuito experimental en el que la ciencia se compara con la vivencia de su creador. La obra empieza desplegando imágenes destinadas a explicar qué es la ciencia, y cómo procede:

Cuando se construye un rascacielos, una de las tareas más obsesivamente precisas es la de colocar y fijar las primeras, enormes, vigas de acero que forman los cimientos de toda la espaciosa estructura del edificio. El margen de error tolerable en la colocación de esas toneladas de metal es minúsculo. No debe superar la octava parte de una pulgada. Una diminuta desviación en esta etapa —un agujero taladrado unos milímetros torcido, un ángulo mal calculado por una fracción de un grado— puede tener más tarde consecuencias dramáticas. Doscientos cincuenta metros más arriba, ese insignificante desplazamiento de tres milímetros se ha convertido en una grieta de trece metros.

John le llamaba a esto el síndrome de por-falta-de-un-clavo. Por falta de un clavo se perdió la batalla (34)

Levantar un edificio es un ejemplo de ciencia aplicada a la modificación del mundo; al modificarlo, al crear algo que antes no existía, la ciencia conoce el mundo. Durante su labor, la ciencia reevalúa la jerarquía de la mirada: si lo mayúsculo puede provenir de lo minúsculo, para la ciencia no hay hecho pequeño; la ciencia es, ante todo, una calidad de atención. Pero el ejemplo arquitectónico no funciona sólo en estos dos planos, el de lo real, de cuya conformación la novela habla, y el de la ciencia, cuyas estrategias analiza. El ejemplo sirve también a fin de asentar, implícitamente, los que serán los otros dos planos temáticos de la obra: el de la filosofía existencial que defiende, y el de su propia poética interna. Del mismo modo que ni en la materia, ni por tanto en la ciencia, se dan fenómenos descuidables, tampoco la vida ni la literatura conocen pormenores triviales: *Playa de Brazzaville* proclama, en principio, la general interconexión de la realidad física, de la ciencia, de la vida humana y de la literatura, y pone esta tesis bajo el signo de la importancia de los detalles y de sus transformaciones, en cualquiera de los cuatro planos citados:

Algo pequeño se vuelve de pronto enormemente grande. Algo tranquilo se vuelve depronto furioso. Algo que fluye suavemente en un instante se vuelve turbulento. ¿Cómo o por qué sucede esto? Tal vez, decía John, haya pequeñas perturbaciones que nos pasan desapercibidas o a las que no prestamos atención; minúsculas irritaciones que

consideramos fundamentalmente intrascendentes. Estas pequeñas perturbaciones pueden tener grandes consecuencias (34)

Oímos, a través del recuerdo de su esposa, al científico exponiendo en figuras tentativas el núcleo generativo de la novela, la fuente de su ansiedad física y metafísica: la dimensión aleatoria del mundo, las rupturas imprevistas que cambian lo que existe en algo totalmente diferente; la inquietante plasticidad de lo real. Y percibimos que la ciencia, para hacer entender al profano su objetivo, echa mano de los recursos de la lengua natural; en este caso, de series paralelas de metáforas que rodean, cada una a su manera, el agujero negro de lo que se sabe que está ahí, pero aún no puede captarse. Metáforas espaciales: la pequeñez se hace grande; metáforas psicológicas: lo tranquilo se torna furioso; metáforas modales: lo suave se troca en turbulento. Incluso la última hipótesis descriptiva del fenómeno presentado es una metáfora más, a la que el afán pedagógico de Clearwater humaniza, convirtiéndola de «perturbación» en «irritación». Sin embargo, el científico posee para sí mismo una lengua estricta capaz de nombrar con su propio léxico, y sin concesiones a la vulgarización, el referente de las metáforas. Todo lo anterior son lo que la matemática denomina *síndromes de divergencia*, y a los que puede enfrentarse con las armas de su racionalidad restringida. La novela renuncia así a la imagen arquitectónica, plástica, didáctica, y pasa a inspeccionar el universo del pensamiento científico; su discurso literario, que absorbe el discurso de la ciencia, explota ahora la posibilidad de adquirir una magnitud casi epistemológica, y no ya sólo imitativa:

Me vienen a la cabeza fragmentos de la conversación de John Clearwater. Cuando estaba trabajando en la turbulencia me comentó que había obtenido tan buenos resultados porque decidió abordar el asunto de una manera nueva. En el pasado, afirmó, la gente intentaba comprender la turbulencia escribiendo interminables y cada vez más complicadas ecuaciones diferenciales para el flujo de los fluidos. A medida que las ecuaciones se hacían más complejas y detalladas, más tenue se volvía su relación con el fenómeno básico (86)

La oposición temporal entre el pasado y el presente de la ciencia subraya la historicidad de las operaciones cognitivas del científico. La física clásica describía y explicaba en un lenguaje matemático rígido un cosmos que presumía ordenado y regular; la constatación de la maleabilidad de la materia, que se está formando y reformando sin pausa, ya no puede verterse en el mismo sistema semiótico. Los antiguos protocolos científicos tendían a envolver los hechos físicos en una red de leyes sustanciales; cuanto quedaba fuera del alcan-

ce de tal red se consideraba como un resto aún por explicar, pero explicable según los mismos protocolos. Todo eso ha cambiado: una distinta inteligencia de la materia se abre camino al mismo tiempo que evolucionan los modelos de investigación científica:

Este tipo de comportamiento errático aterra a los matemáticos, decía John, sobre todo a los de la vieja escuela. Pero ahora estaban aprendiendo que la respuesta clave a un síndrome de divergencia era no sobresaltarse ni desconcertarse, sino intentar explicarlo por medio de un nuevo método de pensamiento. De ese modo, con frecuencia lo que al principio parecía horrible o extraño puede volverse aceptable (86)

La novela procura aquí unir estrechamente la médula humana y el hueso teórico de la ciencia: los calificativos que reciben las reacciones de los científicos ante el desorden son mucho más fisiológicos y anímicos que intelectuales; el miedo que entonces les posee se vive con todo el cuerpo, y su rechazo de lo inesperado es un sentimiento profundamente moral. Pero a través de sus vivencias subjetivas, y gracias a ellas, está emergiendo un nuevo paradigma científico, una manera inédita de encarar una realidad reacia a dejarse encerrar en un contorno estable. *Clearwater* es uno de los abanderados de ese cambio:

John dijo que su enfoque estaba totalmente relacionado con las formas. Decidió mirar las formas de la turbulencia e inmediatamente empezó a comprenderla (86)

Dicha sustitución de paradigmas implica una metamorfosis de fondo en las bases teóricas que sostienen la búsqueda de métodos científicos. Y la más radical de las mutaciones exigidas es el abandono de toda ambición de lograr un conocimiento rigurosamente impersonal. *Clearwater* se lo aclara a su esposa:

«¿Cuáles son las dimensiones de un ovillo de cordel?», me preguntó. La respuesta es: depende de tu punto de vista. A un kilómetro un ovillo de cordel parecería carente de dimensiones. Un punto. Al acercarte más puedes ver que el ovillo tiene tres dimensiones y sombras, que es sólido. Más cerca aún y el ovillo se convierte en una masa de filamentos en dos dimensiones. Pon un filamento en un microscopio y se transforma en una columna en tres dimensiones. Aumenta eso —enormemente, monstruosamente— y se revelará la estructura atómica del filamento, el hilo en tres dimensiones se ha convertido de nuevo en una colección de puntos sin dimensión. La respuesta resu-

mida es: la posición y la escala del observador determinan el número de dimensiones de un ovillo de cordel (263)

Las palabras del sabio alimentan la ambivalencia del discurso literario, que no se limita solamente a hacer un trasunto de la epistemología. Clearwater está hablando de la supeditación de todo experimento a las condiciones en las que se realiza, de las cuales forma parte capital el propio experimentador. Este perspectivismo no es especialmente moderno, si bien el físico lo trae a cuento porque tal principio dirigirá las intervenciones del nuevo paradigma científico del que se siente representante. Ahora bien, la comparación con el ovillo de cordel es válida, como todo el subtexto cognitivo de la novela, además de en sus dos primeros niveles temáticos —realidad material y ciencia—, también en los otros dos restantes —filosofía existencial y poética de la propia novela—. Así, la enseñanza que proporciona la comparación en nada se distingue del viejo refrán según el cual «en la vida todo depende del color del cristal con que se mire». Bajo su cobertura científica, el ejemplo de Clearwater transporta la misma doctrina que ese pedazo de la *doxa* inmemorial. Pero al llevar tal doctrina consigo, la novela incorpora igualmente, o mejor se incorpora ella misma a la tradición literaria que podría asumir dicho relativismo. Bastaría con retocar la formulación del ejemplo, en efecto, para obtener un comodín literario que no desentonaría ni en un relato rabeliano, ni en el *Tristram Shandy* de Sterne, ni en cualquier otro ejemplar de literatura marcada por la desconfianza, metafísica o paródica, hacia la idea de verdad objetiva. *Playa de Brazzaville* insinúa de esta manera, en su misma literalidad científica, su identidad ideológica y estética, su adscripción última, que no tardará en justificar por extenso, a un pensamiento débil, escéptico; y a una consecuente literatura alejada de la defensa radical de cualquier tesis, incluidas las más severamente científicas. La novela promueve, en el ejemplo anterior, una nueva categoría, la de la subjetividad; y con ello proporciona al lector un indicio de que piensa cambiar su derrotero. El análisis de la realidad material y la exploración de la práctica científica irán perdiendo importancia en la misma medida en que la ganen las reflexiones existenciales y el discurso poetológico de la obra. No obstante, para que eso suceda, para que tal inversión de valores, desde lo objetivo a lo subjetivo, sea narrativa y retóricamente eficaz, la novela tiene que apurar su elocuencia paracientífica. El autor fuerza entonces sus disertaciones hasta convertirlas en una especie de calco del discurso de vulgarización científica. El nuevo paradigma científico en el que Clearwater se está iniciando ha producido un resultado tan sugerente como explicativo:

La teoría de las catástrofes es la que esperábamos, el estudio del cambio brusco, el catálogo de la discontinuidad. Nos dice que toda la

miríada de desastres, derrumbamientos, cataclismos y calamidades, grandes y pequeños, desde lo insoportablemente trágico a lo ligeramente irritante, deriva de siete arquetipos básicos de catástrofe.

Hay siete tipos de catástrofe. Todas las formas de cambio brusco y discontinuo quedan cubiertas por uno u otro de estos arquetipos. Se las conoce como Catástrofes Pliegue, Cúspide, Cola de Golondrina y Mariposa. Tres son las variedades de cola de golondrina y dos las de mariposa. Pero las que nos interesan son las catástrofes pliegue y cúspide: son, con mucho, las más comunes.

Tomemos un ejemplo fácil de cambio brusco en el mundo: el reventón de un globo. Cuando un globo estalla no hay modo de desestallararlo, por así decirlo. La catástrofe pliegue está, por tanto, condicionada por un solo factor. Es el modelo más simple de cambio. El globo estalla, la catástrofe ha ocurrido. No hay vuelta atrás (371)

Parece lógico que a Clearwater le entusiasme la teoría biomatemática de las catástrofes elaborada en los últimos treinta años por R. Thom, pues ésta tiene la virtud de no querer renunciar a nada: ni a constatar la mutabilidad del mundo, ni a suponerla inteligible por la razón. Gracias al conjunto de hipótesis de dicha teoría, la ciencia transforma en orden el desorden aparente del cosmos, de suerte que la inteligencia humana sobrevive sin sacrificar la lógica a lo aleatorio ni el cambio a la ley inamovible. Pues aun cuando Clearwater parte siempre de la observación del entorno, y es sensible a su constante morfogénesis, es también un auténtico científico que mantiene intacta la pretensión de descubrir la cifra secreta de la realidad: el canon primigenio, el gran principio de economía del pensamiento, que dé cuenta de la voluble estructura de lo real sin traicionarla:

El conjunto Clearwater, me dijo John, podría reproducir esta subjetividad indefinidamente. Estaba tratando de encontrar un algoritmo sencillo que reprodujera la mágica e infinita variedad del mundo natural. La extrema complejidad surgiría de la fórmula más simple.

O dándole la vuelta: detrás de toda esta numerosísima variedad se ocultaría una simple instrucción. Por alguna razón yo lo entendí mejor expresado de esa manera (263)

He ahí alcanzado el objetivo de *Playa de Brazzaville*: enseñarnos cómo la ciencia puede forjar un mito filosófico, es decir, una visión del mundo sostenida por el crédito de los procedimientos científicos y dispuesta a explicar la unidad de la realidad en todos sus aspectos, tanto materiales como espirituales. W. Boyd juega, en la persona de J. Clearwater, a encarnar, a escenificar la forja de

ese mito. El científico parece querer superar la alienación del saber teórico y del saber instrumental, establecer la armonía entre el conocimiento y la acción, y naturalizar la ciencia al mismo tiempo que humaniza la realidad física. Sin embargo, *Playa de Brazzaville*, como buena novela contemporánea, no es un discurso crédulo, sino suspicaz y receloso ante toda suerte de mitos. Durante muchas páginas la novela ha seducido al lector ofreciéndole la posibilidad de sentirse inteligente al asistir al esfuerzo de la inteligencia humana en su lucha por comprender el mundo y a sí misma. Los motivos científicos han sido cuidadosamente seleccionados y puestos en boca de un personaje dotado de la competencia cultural y de la sensibilidad requeridas para extraer de ellos todas sus implicaciones, un personaje en cuyas ideas llega a esbozarse una suerte de cosmogonía apaciguada y conforme. Con todo, tal cosmogonía, que reúne al hombre y a la naturaleza y que reconcilia lo objetivo y lo subjetivo, falla por uno de sus extremos: el humano. Y para recordárselo al lector Boyd ha diseñado el personaje de la mujer del sabio, Hope. Ésta comienza apasionándose vivamente por las investigaciones de su marido. No hay, al principio de la obra, oposición entre ella y el universo de las prácticas y de las concepciones científicas. La valentía moral y la curiosidad intelectual del personaje, que en este punto son exactamente comparables a las que la novela presupone en su lector (invitado a identificarse con la voz narrativa de Hope), lo empujan a apoyar sin reservas las actividades de Clearwater, y a involucrarse en ellas:

Comprendía lo que le excitaba (...) Yo no podía entender los detalles de lo que John estaba haciendo, pero sí ver en qué dirección iba. Soldar el mundo de las matemáticas con el mundo en que vivimos; fundir la pura abstracción con lo azarosamente concreto. Si lograba escribir el «Conjunto Clearwater» podría morir feliz (264)

En el monólogo rememorativo de esta mujer, centro de conciencia de la novela, las hipótesis teóricas se enriquecen sin pudor con las tonalidades emotivas de las que la ciencia simula estar despojada: es poco probable que Clearwater expresara su búsqueda en tan explícitos términos de «excitación» y de «felicidad». Pero Hope no sólo traduce el lenguaje de su marido a la lengua común, añadiendo matices sentimentales a las ideas científicas. Dicha literaturización positiva del trabajo de Clearwater tiene como contrapartida la sistemática prueba de aplicabilidad existencial a que Hope también lo somete; test riguroso del que el personaje espera la última palabra sobre la validez de la ciencia. Así, respecto de las turbulencias:

Estas pequeñas perturbaciones pueden tener grandes consecuencias. En la ciencia y también en la vida (36)

En cuanto a los síndromes de divergencia:

Mientras paseo de una punta a la otra de la playa considero todos los síndromes de divergencia de mi vida y me pregunto dónde y cuándo debería haber iniciado nuevos métodos de pensamiento (86)

Sobre la teoría de las catástrofes:

Miren la vida de cualquiera. Miren su propia vida. En la larga catástrofe pliegue que conforman sus setenta años hallarán muchas catástrofes cúspide por el camino (371)

Y aunque Hope encuentra casi siempre aprovechables las ideas científicas, no puede dejar de percibir una seria deficiencia en la labor de su marido:

Al mismo tiempo que comprendía esto, me daba cuenta de que las etapas finales se le escapaban. Había llegado hasta un determinado punto y luego se había detenido. Se apremiaba a continuar, pero seguía fijo e inmóvil. Era como si hubiera inventado él solito el motor de combustión interna, pero su mente finalmente se negase a diseñar un carburador. La masa de los componentes ya montados descansaba en la mesa de un laboratorio, inerte, en espera únicamente del toque final para cobrar vida (263-4)

Hemos visto que la inteligencia de Hope vierte los razonamientos científicos a la lengua natural, y que los trata con los dos instrumentos básicos de ésta: la comparación y la metáfora. A las comparaciones y las metáforas las utiliza como ejemplos con una función igualmente doble, ilustrativa y también evaluativa o judicativa. En el fragmento previo la comparación con el motor mecánico y la metáfora espacial de la ruta detenida sirven ante todo para enfatizar el fracaso de una voluntad que, aun poderosa, se queda a las puertas; una voluntad tanto más frustrada cuanto que sólo un paso la separa del éxito. Lo grave es que esa distancia entre el proyecto de la ciencia y su consumación plena, por pequeña que sea, no es un obstáculo superable mediante un esfuerzo más de la razón científica, o al menos así cree intuirlo Hope. Algo hay en el pensamiento científico que resulta congénitamente deforme, que dificulta sus movimientos y le impide llegar a la meta. La mujer de Clearwater lo ha sentido pronto, pese a su simpatía por la peripeca de su marido. Por ejemplo, a pesar de lo estimulante que le resulta la hipótesis de los síndromes de divergencia, Hope no deja de percatarse de que

El proceso funciona admirablemente con la ventaja de la mirada retrospectiva, pero sospecho que no sería tan fácil de aplicar en los momentos de crisis (86)

En las crisis la existencia se vuelve consciente de sí misma por el hecho de no poder continuar de la manera hasta entonces habitual. Una crisis, en el fondo, lejos de negar la vida, la defiende y la exalta. Y los vislumbres científicos de Clearwater no dan la talla ante las circunstancias críticas, aquellas en las que la vida —que es más grande que la ciencia, que el pensamiento y que el saber, piensa Hope, puesto que los contiene— se impone al hombre como valor absoluto. Tal insuficiencia de la teoría de las crisis para explicar la vivencia de las crisis es el defecto capital de la ciencia, la cual, ahora ya no cabe ninguna duda, no va a pasar el examen al que está siendo sometida por el personaje femenino en *Playa de Brazzaville*. Este descalabro último de la ciencia era también perfectamente previsible, por otra parte, ya desde los compases iniciales de la obra: la testarudez con la que Hope repite infatigable la palabra «vida» va concediéndole el monopolio de la reivindicación de la existencia, a la par que su marido, el portavoz de la ciencia, se ve desposeído del derecho a existir con una existencia plena. La mujer de Clearwater avanza cautelosamente en este proceso; a través de ella parece hacerse oír todavía un lenguaje científico:

Un algoritmo es un procedimiento mecánico para resolver un problema en un número finito de pasos, un procedimiento que no requiere ingenio.

Los algoritmos son herramientas matemáticas muy apreciadas. Los ordenadores operan con algoritmos. Implican un mundo de certidumbre, de alternancias y rutina, de proceso continuo. La gran máquina celestial, programada y pre-ordenada.

Sin embargo, los procedimientos algorítmicos son de escasa utilidad para fenómenos irregulares y discontinuos. Bastante evidente, pensarán ustedes, ahora ¿cuántas veces hemos tratado de resolver los problemas de nuestra vida algorítmicamente? No da resultado. Lo sé muy bien (100)

Pero enseguida la terminología y los conceptos científicos empiezan a mezclarse por sorpresa con una lengua muy distinta, que ya no es la lengua común que Hope empleaba al comienzo, sino otra altamente estereotipada:

Hay un término en el mundo de las matemáticas tejido de un leve desdén. Un «lema». Un lema es una proposición tan simple que ni siquiera puede llamarse un teorema. Yo aprecio los lemas, me parece

que tienen más relación con mi mundo. «No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos...» «Cuanto más de prisa, más despacio...» (...)

A veces me pregunto si un lema no está más próximo en categoría a un axioma. Los axiomas son afirmaciones que se da por supuesto que son ciertas, que no requieren una demostración formal: $2+2=4$. «Una línea es una longitud sin anchura». La vida está llena de lemas, lo sé. Debe de haber algunos axiomas (100-101)

Las reflexiones de Hope aún permanecen parcial y nominalmente adheridas al lenguaje de la ciencia, y sin embargo ya poco tienen que ver con él. Son, mucho más que un trasvase del pensamiento científico al dominio de la experiencia, un declarado retorno hacia la sabiduría vulgar. De hecho, la alusión de Hope a los axiomas y a los lemas, la primera en la que ella asume tanto la responsabilidad de la enunciación como su contenido —pues esto ya no se lo ha dicho Clearwater, es de su propia cosecha—, constituye una auténtica inversión de lo que parecía el proyecto teórico de la novela. Los términos científicos que ahí aparecen ya no sólo no prometen ninguna apertura cognoscitiva ni ninguna sorpresa intelectual, sino que son reducidos por Hope, en su más brutal uso del ejemplo, a la categoría de refranes; es decir, a un tipo de conocimiento dóxico que es la antítesis misma de la ciencia. Aunque «No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos» o «Cuanto más de prisa más despacio» pueden parecer verdades evidentes, son sobre todo sentencias que se autoverifican gracias al consenso de que las rodea su abrumadora repetición. Por si fuera poco, al recusar los algoritmos como procedimiento para resolver problemas, lo que Hope hace es imaginar una especie de desestructuración generalizada de la lógica racional. Usando una analogía lingüística: Hope sueña con liberar al discurso de la vida de sus normas sintácticas, para no quedarse más que con su contenido semántico, con sus experiencias sustantivas. Ahora bien, esta desgramaticalización vital no necesariamente conduce a un incremento de la libertad. Al igual que la lengua es el territorio de una creatividad sometida a reglas, la existencia humana se articula en torno a operaciones más complejas que la mera reiteración de las «certezas» autoproclamadas del refranero. Pero sucede que hacia el final de la novela Hope está firmemente decidida a acabar con la reputación del cálculo y del pensamiento complejo, e incluso a eliminar de la obra el interés humano y la aplicabilidad que al inicio había supuesto a la ciencia. Y para conseguir tal vuelco del primer propósito de la obra, nada mejor que buscar dentro de la tradición teórica de la ciencia los argumentos que puedan poner a la propia ciencia en entredicho, estrategia de refutación bien conocida por las preceptivas retóricas

clásicas. Así, en las últimas páginas de *Playa de Brazzaville*, Hope recurre a una referencia histórica destinada a cerrar el debate acerca de la validez existencial del saber científico (recordemos, de paso, que una viejísima convención narrativa hace que lo que en la novela figura en último lugar posea un valor no sólo conclusivo, sino también veritativo: lo dicho al final dice, justamente, la última palabra, en todos los sentidos ⁴):

John Clearwater me contó que en el siglo XVII, cuando se estaba desarrollando el cálculo por primera vez, hubo un prolongado debate acerca del rigor de alguna de las pruebas. Había lagunas, afirmaban los matemáticos más estrictos, se daban sumas indeterminadas y pequeñas inconsecuencias en la definición de ciertos términos. No había forma de refutar sus argumentos, pero, fuera cual fuera su legitimidad, tampoco se podía negar que el cálculo, a pesar de todo, servía. Los resultados eran precisos y prácticos (393)

El criterio al que Hope apela para aparentar que defiende aún la posibilidad de la lógica es un criterio estrictamente pragmático, y por ello muy actual. Lo que importa en las operaciones matemáticas no es su verdad, sino su utilidad. O, expresado de una forma más radical que el texto evita: la verdad de los cálculos no es otra cosa que su utilidad. A continuación, Boyd busca un abanderado de prestigio para este pragmatismo que ha aprendido en la filosofía de la ciencia de las últimas décadas ⁵ y que retroyecta sobre los pensadores del siglo XVII. Y lo encuentra en Pascal, en cuya persona se reúnen los atributos del científico meticulado y del filósofo penetrante:

Blaise Pascal (1623-1662) defendió estas inexactitudes mínimas, estos matices y ambigüedades del cálculo. Las exigencias formales de la lógica, sostenía, no pueden salir siempre victoriosas. Si el cálculo servía, aunque no cumpliera los requisitos de las más rigurosas definiciones de prueba, en última instancia no importaba. La idea básica era sensata. Parecía correcta, aunque no pudiese justificarse del todo, o pedantemente (393)

No se debe intentar ser más científico de lo que objetivamente se puede ser en unas circunstancias concretas y respecto de un asunto determinado, afir-

⁴ V. SÁNCHEZ FERLOSIO, RAFAEL (1981): *Las semanas del jardín*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 30-32.

⁵ V. por ejemplo RORTY, RICHARD (1995): *L'espoir au lieu du savoir*, Paris, Albin Michel.

maba U. Eco ⁶, y a buen seguro el Pascal que Boyd resucita hubiera suscrito esa afirmación. Sin embargo, Boyd hace una excusable trampa narrativa en el siguiente fragmento:

En tal tipo de situación, decía Pascal, la intuición tiene más valor que la prueba rigurosa. Fíate de tu corazón y él te dirá si ese es el paso matemático que hay que dar. En casos como estos la actitud mental correcta para la tarea que tienes entre manos es la «finesse» más que la «lógica». Utilizando la palabra «finesse» en su sentido original, que es el de «discriminación sutil» (394)

Aquí Boyd vuelve a ejecutar su táctica persuasiva preferida: mezcla los registros lingüísticos, combina las categorías intelectuales y las categorías emocionales y salta de las unas a las otras como si no hubiera diferencia ninguna entre ellas, haciéndolo al amparo de la autoridad de Pascal. En efecto, el concepto de «intuición» forma parte del léxico científico, y pocos epistemólogos negarían que la facultad que esa nebulosa denominación designa interviene decisivamente en la resolución de los más arduos problemas. Incluso podría aceptarse que el «corazón» también desempeña un papel en el trabajo de la ciencia, sobre todo en la selección de los problemas que se van a investigar. Pero W. Boyd, al utilizar para sus fines argumentales las ideas de Pascal, omite por completo dos cosas. Primera, que Pascal separaba el espíritu de fineza y el de geometría lógica, esto es, que no afirmaba que ambos «métodos» se aplicasen siempre a elucidar el mismo asunto; cada uno tenía su jurisdicción propia. Segunda, que tal tesis forma parte de una obra, *Les pensées*, cuya meta es proteger la fe religiosa de los embates de la objetivación científica, obra que constituye por tanto un contrataque directo, en nombre de la teología, contra las pretensiones de la razón ⁷. Así anacrónicamente despojadas de su naturaleza polémica y de su intención doctrinal, las palabras de Pascal igual pueden aprovecharse para decidir una apuesta deportiva, para solventar un dilema erótico o, como aquí, para menospreciar el pensamiento científico. Hope se consagra de este modo a una hermenéutica «salvaje» que deshistoriza la tradición cultural y que se sirve de ella en una actualización irreflexiva ⁸, lo cual, sin duda legítimo en el campo de las prácticas literarias, no lo es en el de la reflexión teórica sobre la literatura, y menos aún en el trabajo epistemológico. Pero *Playa de Brazzaville* está llegando a su desenlace,

⁶ V. ECO, UMBERTO (1992): *Los límites de la interpretación*, Barcelona, Lumen, pp. 147-148.

⁷ V. PASCAL (1976): *Pensées*, Paris, Garnier-Flammarion, pp. 49-60.

⁸ V. BOURDIEU, PIERRE (1992): *Les règles de l'art*, Paris, Seuil, pp. 426-430.

y el lector va a descubrir sin tardar la verdad literaria de la novela, que no es la verdad de su discurso paracientífico:

Me ocupo de mis asuntos. Vivo en mi casita de la playa. Pienso en lo que ha ocurrido y en lo que he hecho y me pregunto si he reaccionado y actuado correctamente. No lo sé. Todavía. Tal vez sea éste un terreno en el que debería emplear la «finesse» de Blaise Pascal. Me agrada la idea de encontrar el camino hacia la respuesta por medio de la discriminación sutil, en lugar de confiar en el poder de la argumentación lógica. ¿Debería emplear la discriminación sutil para encontrar el camino el resto de mi vida? (394)

Este final de la novela, que se presenta como una interrogación dubitativa, tiene no obstante un efecto afirmativo sobre el lector: le obliga a considerar retrospectivamente todo el despliegue científico de la obra como una perorata estéril o ineficaz, en comparación con la inmediatez o con la plenitud de la experiencia personal. Las imágenes escogidas por Boyd para deshacer el encanto que el pensamiento científico había ejercido son extremadamente tradicionales. Son, por así decirlo, universales primarios, que solicitan la complicidad directa del lector: la vida, los asuntos, la casita que alberga la vida y los asuntos, y el camino por recorrer, todo ello opuesto a los vastos horizontes indeterminados que abrió la ciencia. Y la pregunta que se hace el personaje es también una pregunta inmediata, una pregunta ética: actuar o no actuar correctamente poco tiene ya que ver con los alicientes que para Hope tenía la ciencia y la búsqueda científica de la verdad. El personaje escapa entonces, mediante una reapropiación de su vida, al hechizo de la imaginación científica, pero no lo hace sino para caer en una apología de la banalidad de la existencia cotidiana, existencia presentada empero como un sólido punto de anclaje, como un seguro negocio. Claro que nada puede en justicia objetarse a este retorno de la vida hacia sí misma, a esta disolución de las cuestiones de la ciencia en las cuestiones de la conducta. Nada salvo una cosa: que la existencia cotidiana, más que el valor absoluto que la novela presupone, es una concreta práctica social, y por tanto una forma de realización ideológica... Algo que carece de la bella inmediatez que Hope le atribuye. La vida sobre la que el personaje medita, más que un dato inmediato, es una idea socialmente mediada, al igual que la ciencia es un método socialmente mediado para producir conocimiento. Con el distinguo, eso sí, de que la mediación social de la ciencia tiene un carácter colectivo, frente al estricto individualismo de la realización existosa de la propia vida. Eso es lo que Boyd ha olvidado al recordarnos a lo largo de toda la obra la humanidad de los científicos y el relativismo de sus investigaciones: que la

ciencia es consciente de su origen particular y que dispone, por ello mismo y aun así, de los recursos precisos para garantizar que lo que nació de un individuo y en un momento dado valga para todos los hombres y en todas las ocasiones. Dicho olvido, sin embargo, es lo que facilita que en sus páginas de cierre *Playa de Brazzaville* cumpla sus designios y cambie definitivamente de plano temático, relegando sus dos primeros niveles, los de lo común y objetivo —la realidad material y el conocimiento científico—, para acentuar intensamente el tercero, el de lo singular y subjetivo —la filosofía existencial de la novela—. Ahora bien, esta tenaz reivindicación de la vida en la novela dista de ser un hecho incruento. Boyd no puede contentarse con desacreditar abstractamente a la ciencia, tiene que dar además expresión concreta a su derrota. Y la manera en que lo hace resulta en verdad drástica: el científico Clearwater —«Aguaclara»— es abandonado por su mujer, Hope —«Esperanza»—; poco tiempo después, llegado al límite de su resistencia intelectual y humana, Clearwater se suicida, precisamente lastrando su cuerpo con una losa y arrojándose al agua de un estanque. Es imposible no descifrar, en semejante biografía de los personajes, en el explícito significado de sus nombres, en la forma de la muerte del investigador, una intensa parábola. El valor Esperanza, representado por un vitalista personaje femenino, se escinde primero (divorcio) del valor Conocimiento; y éste, representado por un personaje masculino con déficits vitales, acaba ahogándose en sí mismo (suicidio), impotente para sobrellevar sus propias determinaciones sin el apoyo de la Esperanza. Como solución narrativa, bordea ciertamente la crueldad, pero sin duda esta violencia era imprescindible a fin de que el lector comenzara a interpretar *Playa de Brazzaville* en la dirección correcta. Pues el gran énfasis puesto por Boyd en el plano existencial de la obra no es su última palabra, sino la apariencia que adopta para el lector su verdadera apuesta: la tácita exaltación de la literatura como discurso más meritorio y más veraz que el científico, precisamente por no estar, como el científico, separado, alienado de la vida. *Playa de Brazzaville* demuestra con ello ser ante todo un canto de celebración y autocelebración de la literatura, inevitablemente polémico: la historia que narra está al servicio del enaltecimiento de su cuarta dimensión, la poetológica o metaliteraria, y el cierre de la obra es la transposición, en términos de personajes y de acciones, de la lucha por el poder simbólico a que se entregan los diversos tipos de discursos en nuestra sociedad. Porque, a fuerza de indagar en su contenido, casi habíamos olvidado que *Playa de Brazzaville* es una novela actual, un artefacto literario consciente de sí, de su carácter genérico, de sus posibilidades y de sus limitaciones; y un artefacto que batalla para legitimarse a sí mismo. De eso se trata, a la postre: el texto de W. Boyd elabora un complejo discurso literario que tematiza el discurso científico y los análisis científicos de la realidad para mejor

evidenciar sus carencias, y para reclamar así, por contraste, una ventaja simbólica. Al final, *Playa* explota en su favor, y sin rubor, la misma clara oposición entre laciencia y la literatura, entre el conocimiento de la realidad y la existencia inmediata, que al principio parecía querer eliminar. La novela, en una palabra, barre para casa, ensalza las capacidades más afines a la literatura —la intuición, la finura, el vitalismo— y los muestra sobreviviendo a la obsesión científica —el ansia del saber desnudo, aún a costa del sacrificio de la existencia. ¿Es acaso un poco demasiado autocomplaciente la victoria que se adjudica a sí mismo el pensamiento literario, vitalmente arraigado, sobre el pensamiento científico, que aspira al despojamiento? Formularlo así sería ingenuo, ya que no es ésta una cuestión moral: hoy la literatura está obligada a defender su pretensión de representar mejor el valor, o de representar el mejor valor, frente a otros discursos concurrentes, entre ellos el científico. Es su derecho, y casi se diría que es también su necesidad, dado que la literatura habita, junto con la ciencia, dentro de un mercado global regulado por las leyes de la competencia. En un tiempo en el que la hegemonía de las tecnociencias está a punto de «ahogar» la voz de las llamadas «humanidades», se comprende que éstas a su vez ahoguen literalmente a algún científico de cuando en cuando, y que deseen defenderse investigando a sus competidores y publicando sus defectos. Cuando además el escritor de literatura posee un sincero interés por su rival científico, como es el caso de W. Boyd, la defensa de las posiciones literarias lleva aparejado, pese a todo, el reconocimiento de la relevancia de las posiciones de la ciencia.